

**Ramón Zallo Elguezábal**

Por un nacionalismo  
cívico y social en Euskal Herria

# Cuestión vasca, nacionalismo e izquierda



Cuestión vasca, nacionalismo e izquierda

**Ramón Zallo Elguezábal**

**Por un nacionalismo  
cívico y social en Euskal Herria**

## **C O N T E N I D O**

### **3 PRESENTACIÓN** *Xabier Anza*

### **5 CUESTIÓN VASCA, NACIONALISMO E IZQUIERDA** *Ramón Zallo*

- 6 1. Nación y naciones sin estado
- 8 2. Doble vara de medir los nacionalismos
- 9 3. Actualidad de las cuestiones nacionales
- 11 4. El caso español
- 11 4.1. Cuestionamiento de la estructura del estado
- 12 4.2. La idea nacional
- 13 4.3. La cultura común
- 14 4.4. Oleadas nacionalitarias
- 16 5. Mitos de la izquierda tradicional y cuestiones nacionales
- 17 5.1. Nacionalismo e internacionalismo
- 17 5.2. Renocer las diferencias
- 17 5.3. Los espacios
- 18 5.4. Poder a escala humana
- 18 5.5. Autodeterminación
- 18 5.6. Lo social y lo nacional en distintos planos
- 19 6. Lo nacional y lo social
- 20 7. Repensar la nación vasca

### **22 BIBLIOGRAFÍA**

Barrainkua 13, 6º ● 48009 BILBO  
☎ 94 - 4037799  
Fax: 94 - 4037766  
fundazioa@elasind.org



**Documento nº 3  
Marzo 2001**

# Presentación

Xabier Anza

Este nuevo **Documento**, tercero del presente año, recoge un trabajo realizado *ex profeso* para la FUNDACIÓN MANU ROBLES-ARANGIZ INSTITUTUA. Su autor, Ramón Zallo, es Catedrático de Comunicación Audiovisual y Publicidad en la Universidad del País Vasco. Viejo conocido de la militancia de ELA, escritor y pensador prolífico, sus conferencias, artículos y libros constituyen una aportación imprescindible no sólo en lo que se refiere a su especialidad docente y universitaria, sino también en relación al panorama político y social vasco.

En 1997 publicó el libro titulado "*Euskadi o la segunda transición*"; una importante reflexión sobre el conflicto político vasco que marcaba agendas todavía hoy pendientes para la reelaboración ideológica de un pensamiento abertzale y progresista para Euskadi. Una obra todavía referencial.

En 1998 fue, junto a otros tres profesores de la universidad, coordinador del libro editado por la Fundación Manu Robles-Arangiz titulado "*Propuestas para un nuevo escenario. Democracia, cultura y cohesión social en Euskal Herria*". Su capítulo específico analizaba la estrecha relación (aun siendo distintas) de la identidad cultural y la identidad política. Ante la dificultad de una definición de reglas de juego a compartir entre las distintas ideogías y sensibilidades culturales y políticas del país, su estudio realizaba una doble propuesta: en primer lugar, un concepto amplio de identidad cultural vasca, que superase la definición unidimensional de lo identitario en torno a la cultura heredada y, en segundo lugar, proponía un paradigma a construir por el conjunto de los vascos, un espacio cultural y comunicativo propio y capaz.

Zallo ha seguido reflexionando sobre todos estos temas, con una vasta producción de artículos de opinión en prensa diaria y revistas más especializadas. En los últimos meses, ha acometido una tensa pero

---

interesantísima polémica en la revista *El Viejo Topo* con otros dos autores (Nuñez y Santamaria). Con honestidad, vigor intelectual y espíritu militante, creemos que ha conseguido, con suficiente rigor, desmontar dos acusaciones típicas y tópicas de que es objeto el nacionalismo en general, y el nacionalismo vasco en particular, a saber: la identificación entre nacionalismo y "balkanización", y la consideración del nacionalismo como una ideología conservadora, contraria al progreso, a la unidad de clase y al internacionalismo.

Este largo artículo, de cuya densidad damos fe desde el principio, recoge esas nuevas y viejas polémicas, desmontando los prejuicios antinacionalistas y desenmascarando los nacionalismos ocultos bajo pretendidas opciones de universalistas, solidaritarias y cosmopolitas.

El trabajo finaliza con una propuesta: *"pasados los tiempos de los nacionalismos románticos y etnocráticos (siglo XIX) estamos en el tiempo de los nacionalismos cívicos y los comunitarismos abiertos y de contenidos sociales (siglo XXI), que puedan encauzar adecuadamente tanto la normalización cultural hacia un bilingüismo real a largo plazo como el derecho de decisión de la ciudadanía de las nacionalidades"*.

4

Compartimos plenamente esta apuesta. Como institución vinculada al quehacer sindical y la suerte de la clase trabajadora, apostamos por un discurso y una práctica nacional con altas dosis de cohesión (en clave redistributiva y de igualdad de oportunidades) y de alta implicación social (que garanticen una democracia desde abajo).

Creemos que este trabajo puede ayudar, por su rigor y riqueza, a los debates que el nacionalismo vasco, o mejor, los nacionalismos vascos (que de todo hay) no pueden obviar por más tiempo. Por ello, agradecemos, a Ramón Zallo esta importante aportación que, estamos seguros, será de gran utilidad para la militancia de ELA.

*Bilbo, a 26 de febrero de 2001*

# Cuestión vasca, nacionalismos e izquierda

**Ramón Zallo Elguezábal**  
Catedrático de la EHU-UPV

Durante más de siglo y medio las “cuestiones nacionales” en Europa han sido motivo de reflexión tanto desde los diversos proyectos ideológicos, especialmente de la izquierda, como desde la antropología cultural, las sociologías específicas (en especial, la sociología cultural y sociología del nacionalismo) o la politología (en particular, los estudios sobre el nacimiento y las transformaciones de las naciones y de los Estados, viejos o nuevos). Sin embargo, problemas tan complejos se suelen despachar alegremente, hoy, identificándolos con la balkanización. Con ello, se generaliza un caso particular al que se atribuye un carácter definitorio de todos los nacionalismos no estabilizados como Estados. En otras ocasiones se los considera como un tema artificial que enturbia la claridad de los conflictos de clase.

Unos temas centrales en las sociedades modernas, como son los de las identidades, el conflicto cultural, el

problema de las lenguas, el perfil de los territorios y de las soberanías en un mundo globalizado, no deberían ser considerados temas artificiales, tanto por respeto a los centenares de millones de personas preocupadas por el destino de sus culturas y sociedades, como por la obligada respuesta de las fuerzas políticas progresistas a los problemas reales. Claro que también hay otros problemas, tan importantes o más que aquellos: la pobreza, las oleadas migratorias, la igualdad de países, de sectores sociales o de géneros, la gestión ecológica del planeta o los derechos democráticos. La globalización misma plantea muchas aristas de resistencia desde claves de igualdad planetaria, de democracia o de reconocimiento de identidades postergadas, sin que tenga por qué haber incompatibilidades entre ellas. Al contrario, en determinados temas están muy relacionadas.

## 1. Nación y naciones sin Estado

La nación no es algo que exista independientemente de los sujetos o de las voluntades. Es una construcción histórica y subjetiva, una interesada "invención" -no necesariamente peor que las demás ideologías o cosmovisiones- en el proceso de modernización, pero que necesita remitirse siempre a alguna clase de referentes objetivos culturales que le fundamentan. Y tiene, desde luego, una gran centralidad política.

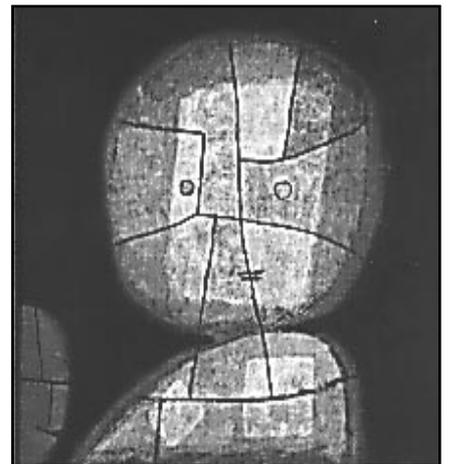
El nuevo modelo de relaciones entre Poder y súbditos que sustituye el sistema de lealtades del Antiguo Régimen (anterior a las Revoluciones Burguesas) ha partido del concepto de Nación como referente común y desde el concepto de ciudadanía. En ese marco, unos movimientos y unas élites -enfrentadas a otras- buscaban dirigir el desarrollo económico, formalizando un sistema político y una autoridad sobre un marco geográfico, desde una ideología y una cultura legitimantes que se proyectan sobre la ciudadanía.

Desde luego, la nación es un producto del nacionalismo y de una voluntad política colectiva significativa pero no un engañoso producto de la mente. En los nacionalismos de réplica -como los nacionalismos de las naciones sin Estado- un problema nacional es el resultado de la emergencia de un sujeto político colectivo, activado por el nacionalismo, que por la vía democrática o de los hechos, busca

sustituir una estructura de gestión o de dominación anterior. Si no lo activa no habrá ni movimiento ni problema nacional.

Sin embargo, conviene diferenciar entre identidad cultural e identidad política. La identidad cultural -el sentido de pertenencia y diferencia cultural- es un factor subjetivo central en el perfil de las sociedades modernas y en los comportamientos y conflictos. Es la percepción del Nosotros como comunidad y la percepción de los Otros. Y ya se sabe, que una autopercepción, de si mismos y de otros, no es ni verdadera ni falsa. Es, simplemente. Y, desde luego, es compatible con un universalismo que defiende libertades y derechos universales, sin propugnar, además, la universalización de particulares modos de vida colectiva<sup>1</sup>.

De todas formas, solo algunas comunidades con una identidad cultural marcada se convierten en comunidades con una identidad política diferenciada de vocación nacional. Lo que convierte una comunidad con rasgos culturales o étnicos diferenciados, en un proyecto nacional como hecho social y político, es la voluntad social, organizada por unos portadores de la acción colectiva -partidos



1. Las culturas dominantes con vocación expansiva, como la americana o la española, tienden a hacer esto último. Demasiadas veces, el supuesto universalismo cosmopolita es el caballo de Troya que oculta la reafirmación de las culturas dominantes con vocación expansionista y civilizatoria.

o corrientes- con una meta política. Esas circunstancias se producen cuando coinciden nacionalismos exitosos, elites dirigentes y movimientos de masas.

Como ideología no artificiosa el nacionalismo legitima su presencia social en alguna clase de fenómenos comunitarios diferenciales, o en fenómenos políticos de dominación o de dependencia y represión. La reclamación de una construcción nacional propia se suele plantear desde la insatisfacción de sectores sociales significativos ante la estructura política territorial y administrativa vigente, o desde la defensa de la propia cultura en relación a otra dominante, o desde las relaciones más o menos tensas entre las ciudadanía de los distintos países de un mismo Estado y que pretenden ser los sujetos de decisión política.

Existen las “naciones sin Estado” -no es una contradicción en los términos- con un proyecto de construcción de otro Estado, o de alguna forma de Estado, y frente a un Estado determinado. Sin embargo hay una radical diferencia entre Estados-Nación y naciones sin Estado. Las identidades dominantes de los Estados Nación suelen formar parte del paisaje natural; no suelen estar cuestionadas, son identidades satisfechas porque se reproducen sin problemas -mediante la funcionalidad entre instancias social, sociocultural, político-administrativa y los sistemas comunicativo y educativo- y no necesitan proclamarlo. Son un hecho reconocible. En cambio, las naciones sin Estado no tienen

un cuadro de retroalimentación, sino que se lo plantean en términos de mentalidad alternativa, persuasión y conquista, y en claves de inevitable conflicto con el poder constituido que se resiste a perder parte de su poder.

Aunque los nacionalistas o los nacionales de una nación construida, lo suelen vivir con toda naturalidad y sin solución de continuidad como la misma cosa, conviene distinguir entre la identidad cultural -la percepción diferencial cultural-; la nación cultural, -la percepción como comunidad diferencial con derechos culturales individuales y colectivos-; y la nación política (con o sin Estado) -la pretensión de un derecho de autogobierno- y cuya defensa otorga una identidad política en pro de una ciudadanía nacional.

Algunas formas de identidad cultural se convierten en identidades políticas. Eso ocurre con carácter general en las naciones constituidas como Estados -por ejemplo, en Suecia, ser sueco culturalmente y ser ciudadano de Suecia se vive como un mismo hecho-. En cambio, en las naciones sin Estado, ambas identidades tienen desarrollos desiguales según sectores de la población. Y, además, conviene diferenciarlos para evitar que nadie manipule los aspectos culturales comunes como inevitablemente vinculados a una sola opción política. Ello suele traer resultados nefastos para la cultura propia (politización instrumental o ataques a la cultura misma).

Un problema nacional es el resultado de la emergencia de un sujeto político colectivo que busca sustituir una estructura de gestión o de dominación anterior

## **2. La doble vara de medir los nacionalismos**

No es aceptable emplear una doble vara de medir. A los nacionalismos periféricos de las naciones sin Estado se les connota habitualmente con rasgos como irracionalidad, esencialismo metafísico, exclusivismo etnicista, insolidaridad.... Sin embargo, no se aplican los mismos criterios para juzgar a las naciones que configuraron Estados (Alemania, Italia) o los Estados que cristalizaron en naciones (USA, Francia, España) ya sea a finales del siglo XVIII o en el XIX. Las ideologías que acompañaron a la construcción de las naciones exitosas -los nacionalismos de gran nación- y que hicieron su periplo histórico desde una identidad cultural dominante a la nación cultural, y de ésta a la nación política y al Estado nacional, o viceversa, se suelen considerar sólo como una decantación de la historia, mas o menos dramática, heroica o mítica.

Ofrecer como un axioma central, como frecuentemente se hace, que los nacionalismos reivindicativos son “una amenaza real para la democracia y los valores de la izquierda” es un puro prejuicio que no se sostiene, porque no hay dos nacionalismos iguales y su posición, progresista o retrógrada, depende de su ideología concreta, trayectoria, estrategia y lugar político y social. Hay nacionalismos reaccionarios y progresistas; fascistas, conservadores y antiimperialistas; de derechas, de centro y de izquierdas; pacifistas y armados.

Analizar a todos en el mismo paquete no es sensato.

En el caso del Estado español la mayor parte de los nacionalismos periféricos son no sólo parte del sistema democrático, sino que se atienen a sus reglas y valores, y cuestionando su estructura, incluso ayudan a profundizar en la desconcentración de poderes. Al no dar por buena la estructura organizativa de los Estados-nación, se trata de movimientos que, en ese aspecto, someten a vigilancia las tentaciones autoritarias o centralistas, lo que ha hecho que, frecuentemente, hayan realizado alianzas con las izquierdas clásicas, por ejemplo en la guerra civil española.

Tampoco se comprende que si todas las ideologías, especialmente las de izquierda, están en revisión, no se ve por qué los nacionalismos de derecha, de centro o de izquierda, no pueden pulir sus contradicciones y abordar multitemáticas con perspectivas de derecha, de centro o de izquierda actualizadas. Los ciudadanos que votan a partidos nacionalistas reivindicativos no se dedican a emborracharse de nación, descuidando los problemas corrientes de la vida política y social. También les exigen programas globales.

## **3. Actualidad de las cuestiones nacionales**

La actualidad de la problemática identitaria en el Estado Español es especialmente relevante en la época actual por circunstancias varias.

En primer lugar, por factores internos a la conformación histórica del Estado español. Contrariamente a quienes han enterrado en los finales del XIX las últimas oportunidades de desarrollo político específico de las comunidades diferenciadas en un Estado plurinacional como el español, éstas se empeñaron en ser -junto a las clases trabajadoras en ebullición- protagonistas en los primeros años del siglo XX y agentes decisivos en los debates estatutarios de los años 30 o en la lucha antifranquista de los 60 y 70.

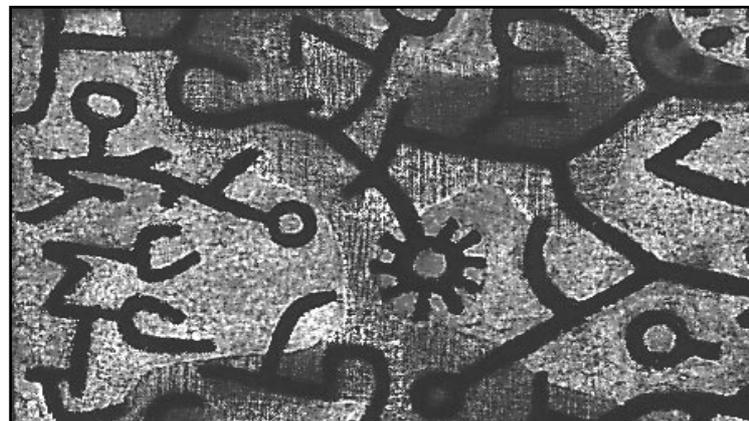
En la segunda mitad de los 70, la cuestión de las nacionalidades fue el centro de los debates y de las tensiones sobre el nuevo modelo de Estado, cerrado en falso con la Transición. En aquella época, la vigilancia ejercida por un Ejército de origen franquista, introdujo un magma de incertidumbres y temores que, hoy, ya no cabe exponer como excusa. En los 80 y 90 no ha dejado de ser un factor de reivindicación y, junto a la lucha sindical, es la parte más importante de las agendas políticas, aunque la violencia política, especialmente en el País Vasco, la distorsione en una gran medida.

En segundo lugar, la problemática identitaria es también relevante por la forma en que se está configurando el mundo globalizado como un mundo único -el capitalismo único- y tripolar -EEUU, la UE y Japón/Corea- en el que la figura más relevante la ostenta el imperio americano.

Como réplica a la globalización, a la hipercomunicación y a la clonación cultural masiva, se generan mecanismos

compensatorios en las sociedades que se ven empujadas a bucear en su identidad. Por eso asistimos tanto a la revalorización de tradiciones filosóficas y religiosas - budismo, islamismo- distintas al modelo civilizatorio de raíz judeocristiana, como al resurgir de las identidades culturales en las comunidades naturales. Algunas de ellas, las naciones sin Estado, cuestionan el mapa de los Estados-nación y ponen a prueba sus fundamentos democráticos.

La indefensión de algunas culturas ante la cultura transnacional, el desajuste entre naciones culturales y naciones políticas y la búsqueda de una gestión cercana al ciudadano, han reabierto el conflicto sobre los referentes centrales de la socialidad (individuo-ciudadano-comunidad-clase) y de la relación entre territorio y poder. Es más, los nacionalismos defensivos se alimentan de las respuestas en estos planos. Tienen raíces estables porque se refieren a las culturas amenazadas o con dificultades de construcción o a la desazón de las naciones culturales que no han logrado culminar su proceso de conversión en naciones políticas; y más en la época



del desarrollo informacional del capitalismo (Castells 1988).

Ello no significa, ni mucho menos, dar por buenas todas las manifestaciones de defensa identitaria. Desde el desarrollo mismo de las identidades hay que precaverse para que, en ningún caso, degeneren en una nueva tribalización o en refugio frente a los flujos planetarios. Hay que desarrollarlas como identidades abiertas.

En tercer lugar, la cuestión de las identidades es actual porque asistimos a la relativización de las fronteras y espacios estatales, con un doble movimiento de debilitamiento funcional de los Estados hacia arriba -en beneficio de instancias supraestatales que absorben buena parte de sus competencias sobre todo económicas, militares e internacionales- como hacia abajo -en beneficio de instancias más cercanas a los ciudadanos, eficientes, representativas, controlables y generadoras de solidaridades cotidianas-. Ambos fenómenos son coetáneos y complementarios, no alternativos.

En efecto, de un lado, las uniones económicas supranacionales, como la UE sustituyen a las sangrientas disputas entre las grandes potencias. Ello conlleva un desgaste de soberanía de los Estados nacionales con la consiguiente crisis de identidad y de espacio. Sin embargo, ese fenómeno no hay por qué verlo con alivio puesto que puede terminar por completar la usurpación que está sufriendo el poder ciudadano en el interior de cada Estado. Es más, la desnacionalización de los ámbitos

de decisión más importantes se está haciendo menos en beneficio de una ciudadanía que de los grandes grupos empresariales, necesitados de una política económica útil para la expansión internacional de sus negocios.

De otro lado, la presión social en favor de la aproximación de la gestión a unidades políticas más pequeñas y humanas es una de las bases del nacionalismo de pequeña nación y del regionalismo. Asimismo, la puesta en cuestión, sobre todo en el Este, del mapa surgido de la postguerra, ha animado a la emergencia en la agenda política internacional de cuestiones nacionales antes soterradas, incluso en el Oeste -casos de Quebec, Irlanda del Norte o Estado español-. Contrariamente a quienes sostienen que la internacionalización creciente de los países y estructuras deja obsoletas las reivindicaciones nacionales, soplan vientos favorables para los nacionalismos de las naciones sin Estado que no tengan vocación de aislamiento.

Ambos fenómenos, por lo tanto, no cuestionan a los nacionalismos periféricos sino al Estado-nación tradicional y al gran nacionalismo de Estado, especialmente cuando se trata de Estados multinacionales que no han querido reconocerse históricamente como naciones de naciones.

#### 4. El caso español

El problema de las naciones sin Estado en el caso español no es competencial -de más o menos competencias- sino de sujeto y concepto desde el que fundamentar el sistema político.

Esta cuestión puede verse desde cuatro perspectivas. Desde la legitimidad de los nacionalismos periféricos de las minorías nacionales; desde la historia; desde las limitaciones del patriotismo constitucional español; y desde las tendencias internacionales.

##### 4.1. Cuestionamiento de la estructura del estado

Lo peculiar de los nacionalismos de las minorías nacionales dentro de Estados es que plantean la cuestión de la estructura territorial y organizativa del Estado. Y, previamente, la cuestión del sujeto de soberanía así como del cuadro territorial en el que se recuentan las mayorías y minorías, cuestión central para que las reglas de juego políticas sean aceptadas. Hay un problema político por el simple hecho de que así lo siente un amplio sector de vascos, gallegos, catalanes o canarios sean o no mayoritarios. Esa subjetividad -ni buena ni mala- tiene sus anclajes objetivos en la historia y se vertebra desde las ideologías, las experiencias y la credibilidad de los portadores de proyectos que son los partidos.

Además, ni siquiera cabe decir que lo que se resolvió en un momento, de grado, por fuerza o con resignación, vale para

siempre. En las sociedades en conflicto, con el tiempo, se suelen erosionar o la legitimidad o la aceptación de los marcos prefijados de convivencia. Como los pueblos maduros no necesitan tutelas, no hay razón democrática alguna que justifique, por ejemplo, el impedimento de la revisión, mediante consulta, del cuadro jurídico-institucional del que nos dotamos hace más de 20 años en condiciones bien distintas. Basta el hecho de que se hayan evidenciado sus limitaciones para un sector que ejerce el liderazgo social.

Desde luego, los nacionalismos o los soberanismos cuestionan un elemento central del *statu quo*. De ahí el horror al vacío que aparece en el Estado, cuando una mayoría de una comunidad dice que hay que mover la Constitución, o que el Estatuto ya no le satisface, o que hay que revisarlo y que habría que formalizar un nuevo contrato, porque el anterior (el del Estatuto) fue, pero ya no es el lugar de encuentro.

Más que la independencia, lo que hoy se juega es un contrato distinto, nuevo, que fragüe una convivencia entre pueblos según modalidades de cooperación distintas, pero partiendo del reconocimiento del sujeto Euskadi como soberano, si así lo quiere una mayoría de la población de la Comunidad Autónoma del País Vasco o una mayoría de Navarra. Ser soberano significa decidir cuanto de mi soberanía quiero compartir.

Obviamente tenemos también problemas de construcción cultural. Pero nuestro problema no es de carácter étnico —no

Hoy nos jugamos un contrato que fragüe una convivencia según modalidades de cooperación distintas y que reconozca a Euskadi como sujeto político

hay dos comunidades culturales enfrentadas que no puedan resolver democráticamente sus problemas—, sino fundamentalmente político, un problema de democracia, de redefinición de la estructura del Estado Español. En su momento, cuando se construyó el nuevo Estado nacido de una Transición limitada - por las amenazas de poderes fácticos y por la inexperiencia política- el tema quedó reservado explícitamente en las disposiciones adicionales. No hay engaño ni sorpresa en el hecho de que se replantee hoy.

#### 4. 2. *La idea nacional*

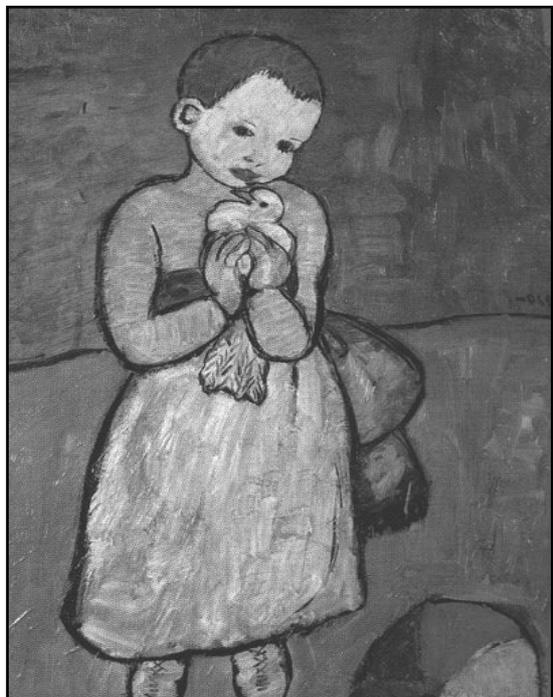
Algunos se olvidan de la historia o la reescriben a su gusto. Hay quien piensa que fue el vacío simbólico que dejó el franquismo por su redefinición imperial de la identidad nacional española el que ha

hecho emerger las cuestiones nacionales a partir de los años 70, olvidándose que éstas venían de mucho más lejos. Además, el franquismo, con su política uniformadora, primero produjo un retroceso brutal en el desarrollo de las culturas específicas de las nacionalidades y, solo posteriormente y como reacción colectiva, espoleó la emergencia de una contestación, al principio, minoritaria.

También hay quien atribuye al nacionalismo español del XIX una mayoritaria ideología progresista. “Hasta la Dictadura de Primo de Rivera (1923-30) el eje de dominancia del nacionalismo español se expresa en clave liberal republicana, laica y progresista, con un programa regeneracionista de modernización, (...) simbolizado en la figura de Manuel Azaña”<sup>2</sup>.

Fue justo lo contrario, incluso como reflejo del propio dominio de las derechas conservadoras a lo largo de los siglos XIX y XX, siglos en los que los paréntesis excepcionales son los periodos progresistas. Si la historia hubiera sido así, posiblemente no hubiera habido cuestiones nacionales, aunque don Manuel era tan enemigo de los nacionalismos periféricos como inteligente para encontrarles acomodo.

En cualquier caso, los afanes uniformistas y centralistas fueron comunes a las derechas monárquicas, a los liberales reaccionarios y a los liberales progresistas a lo largo del XIX. Además del modelo político y de los



problemas dinásticos la incompreensión del espacio que jugaban los Fueros -y que solo algunos liberales progresistas vascos entendieron a través de la ideología del fuerismo liberal- estuvo en la base de las tres guerras carlistas que se saldaron con costosas paces de vencidos instaladas en la memoria histórica de los vascos.

Una cosa es que hasta los años 30 no se formulara la ideología parafascista de la grandeza de España, y otra que no apareciera un nacionalismo español excluyente mucho antes, y cuya expresión política ya se da a principios del XIX. Los contenidos de la Constitución de 1812 - "La Pepa "- son una muestra.

La emergencia de la idea nacional española -mucho más débil en el País Vasco y Catalunya- parte de la construcción del Estado con los Austrias (siglo XVIII) y se topó con un largo periodo (1808-1840) sin Estado nacional que vertebrara una nación integrada e integradora (ver Fusi 2000). El XIX fue un fracaso continuo (industrialización, colonias, Estado estable, modernización) lo que propició, entre otros fenómenos, otros nacionalismos en competencia.

El federalismo fue una ideología tardía, minoritaria y poco practicada incluso en los sectores progresistas. Ya a principios de siglo, en la pelea con el nacionalismo, se olvidaron del modelo federal, para defender el Estado uniforme.

Desde luego, tampoco el primer nacionalismo vasco, el de Sabino Arana<sup>3</sup> nació progresista. Se suele decir -y yo convengo- que fue reaccionario e integrista, pero también se suele minusvalorar la importancia de su contribución que más perdura -la formulación de la idea nacional vasca como un proyecto- mientras se sobreestima la parte más impresentable de su doctrina que, además, fue abandonada pronto por el partido que fundó.

#### 4. 3. *La cultura común*

El patriotismo constitucional español parte de la idea de que hay una cultura común, que esa cultura es la castellano/española y que, además, fundamenta la nación española, una nación que ni siquiera es pensada como nación de naciones. Su argumentación básica redundante en la primacía del castellano, la interpretación de la historia como un destino común forzoso -desde talantes heredados de Cánovas y raíces teóricas de Ortega- y unas instituciones soberanas por encima de lo que piensen las comunidades, concebidas como partes de un todo. Se les negaría así a las otras culturas el derecho al salto desde la nación cultural a la nación política, mientras se las sujeta a la tutela forzosa de la nación política española. Este punto de vista tiene un problema incluso con la noción de democracia.

3. El nacionalismo vasco de Sabino Arana fue, sin duda, xenófobo, pero, al mismo tiempo, romántico y moderno, y sin nada que ver con los peligrosos nacionalismos imperialistas de gran nación de raíz republicana (Francia invasora del XIX) o inspirados en el Volk alemán o el híbrido español. Y no digamos respecto a los nacionalismos de nazis o falangistas, o de ultraderechistas como Maurras, Donoso o Maeztu.

Teóricamente, el patriotismo identitario español no necesariamente habría de sojuzgar a las otras culturas ni situarse, por lo tanto, en conflicto con ellas. Se ha situado en conflicto cuando se define de manera inequívoca que el Estado es común, que la nación es común y que una de las identidades (lengua, historia, instituciones y literatura fundamentalmente castellanas) es la identidad común, siendo el resto identidades secundarias, por no comunes.

El nacionalismo o patriotismo español constitucional más frecuente no reconoce que su nacionalismo político, blando o duro, se basa en una opción cultural y en una imposición política que viene de lejos. Para ello no tiene inconveniente en pensar la Nación española incluyendo a los millones que no quieren.

Lo cierto es que el patriotismo constitucional español se sostiene en una identidad satisfecha, viable y dominante: la castellano/española. Esa identidad, indiscutible, también tuvo que recorrer un camino histórico desde la mera identidad cultural a su constitución como base identitaria de una comunidad política. Sin embargo, las élites hegemónicas -incluida la oligarquía vasca- quisieron que eso ocurriera de forma excluyente, con base en el dominio y desplazamiento cultural de las identidades no castellanas. Ya a principios del siglo XIX se renunció a un modelo federal, de encuentros, truncándose el viaje histórico de las otras identidades -tan reales como insatisfechas- a la autogestión política.

Hoy, en el caso español, la profundización de la democracia -el auténtico espíritu constitucional de desarrollo ciudadano de cualquier país- pasa por preguntarles democráticamente a las nacionalidades históricas y emergentes que lo soliciten, cómo y con quiénes quieren vivir su libertad. ¿O acaso en este tema, y sólo en este tema, sí hay que anteponer el modelo vigente de Estado a la ciudadanía?.

#### 4.4. *Oleadas nacionalitarias*

Hay comunidades que, en la primera oleada nacionalitaria, de formación de las nacionales (en los siglos XVIII y XIX salvo en Gran Bretaña que se produjo antes) asentaron, unificaron y desarrollaron sus culturas, destrozando o marginando otras, y construyendo sus sistemas políticos como marco no cuestionado de su identidad y desde el que orientaban y dirigen el desarrollo de sus perfiles socioculturales. El mundo que hemos conocido de Estados Nación, europeos o americanos, y que hoy está en franco desgaste es un desarrollo de esa primera oleada en la que el Estado inventaba la Nación (solo en algún caso se dio al revés) sobre la base de alguna cultura a la que se le otorgaba el papel de dominante.

Esos países lo tuvieron mucho mejor que los países de la segunda oleada nacionalitaria del siglo XX, los países del "Tercer Mundo", asiáticos y africanos sobre todo, que como fruto de la intensa descolonización de los años 50 y en un período de alto crecimiento mundial, tuvieron que integrar etnias dispares y

operar en un cuadro de libertad vigilada económicamente.

La tercera oleada llega de forma tardía y en medio de una situación económica problemática. Se está produciendo de forma convulsa como fruto de implosiones de Estados multinacionales (URSS, Balcanes...) o de actitudes de reafirmación identitaria (algunos países del Islam...) o como viejas cuestiones nacionalitarias pendientes (Irlanda, nacionalidades históricas del Estado Español..) que no pudieron resolverse en el XIX.

Hoy las comunidades como la vasca, que quieren construir alguna forma de Estado que ampare y reproduzca sus identidades nacional y cultural tienen un muy difícil camino.

Primero, porque los graves problemas - económicos, financieros, políticos, de capacidad de decisión- que sufren por efecto de la globalización incluso los potentes Estado-nación (Francia, Alemania Italia, España...), le son enteramente aplicables sin contar apenas los resortes autodefensivos que aquellos aun pueden enarbolar.

En segundo lugar, por su carácter tardío en una época en la que hay mas amenazas que oportunidades. Tardío significa que tiene que construir su colectividad, su identidad -transformando su identidad cultural en identidad nacional compartida y respetada- su sistema cultural referencial, su sistema comunicativo, sus cuadros de poder, sus claves de convivencia entre subcomunidades internas y entre clases,

sus relaciones con otros países, sus economías, sus mitos y su interpretación de su lugar en la historia,... justo cuando los grandes países, que ya construyeron su esfera pública y sus sistemas comunitarios, societarios y políticos, abordan, desde esos firmes anclajes, las exigencias de la sociedad informacional y de la economía global.

La dimensión política de las culturas nacionales tiene, insisto, la subjetiva precondición de que así lo vean capas crecientes de ciudadanos. La soberanía lejos de ser un concepto trasnochado, es un mito vivo e importante, tanto para cualquier Estado (vista la resistencia del Estado a compartirla con los organismos no estatales) como para cualquier nacionalidad (aunque sea para cederla en parte a otros). Sin perjuicio de anotar los cambios -cesiones de soberanía a entidades supranacionales o compartición competencial a instituciones subestatales- quienes las ostentan la ejercen a todos los efectos. En negativo, también parece importante porque quienes no disponen de ella (por ejemplo, el Parlamento Vasco) no pueden llevar a efecto determinadas decisiones (declaración sobre autodeterminación, sobre derechos de presos, reclamación de cumplimiento íntegro del Estatuto...). Y es que es un concepto central en la configuración del entramado básico de los Estados y las formas políticas varias.

El gran reto para los vascos es hacer, al mismo tiempo y bien, todas estas estrategias:

El nacionalismo o patriotismo español constitucional más frecuente no reconoce que su nacionalismo político se basa en una opción cultural y en una imposición política que viene de lejos

- la construcción de la institucionalización de un país, de una nación, necesariamente por fases;
- la reconstrucción de una opinión pública propia, confirmándose como sociedades autorreferenciales, sociedades en sí y para sí;
- hacerlo además de forma democrática (buscando convencer, consiguiendo mayorías, lo que exige un impulso tanto de los lazos comunitarios como de los resortes de la sociedad civil) y, además, soportando una gran desventaja en cuanto a flujos mediáticos dominantes con discursos hostiles a los nacionalismos periféricos; lograrlo mejorando el nivel de vida y con una política social que facilite la integración colectiva;
- propugnar una identidad cultural común integradora y fruto de la integración de todas la subcomunidades y con suficiente nivel de producción cultural propia;
- de forma compatible con los valores de la posmodernidad que pone el acento en los comportamientos individuales;
- y de forma abierta al exterior (sin las ventajas de las fronteras que tuvieron otros países).

Es un reto formidable. Y no caben los atajos (por ejemplo, la lucha armada).

### **5. Mitos de la izquierda tradicional y cuestiones nacionales**

En el discurso de la izquierda histórica no nacionalista<sup>4</sup>, los referentes han sido tradicionalmente los siguientes: la incompatibilidad del internacionalismo con el nacionalismo; la unidad de la clase trabajadora como contraria a cualquier clase de fragmentación por motivos nacionalistas en las naciones sin Estado; los nacionalismos como obstáculos en la toma de conciencia y organización de las clases trabajadoras; los espacios económicos amplios como una base más adecuada para la construcción del socialismo; la defensa -en el caso de los PC- de la autodeterminación como principio democrático en las nacionalidades y, caso de eventual ejercicio, la apuesta por el Estado unitario en su vertiente federal, reservándose el independentismo para los casos coloniales o semicoloniales.

Sin embargo, la experiencia de la confrontación y relación durante más de cien años con los movimientos nacionalistas, la evolución de los discursos nacionalistas, la emergencia de nuevos sujetos políticos y sociales, los nuevos ámbitos supranacionales.... invitan a poner en entredicho viejas verdades.

Hay certidumbres que no funcionan.

---

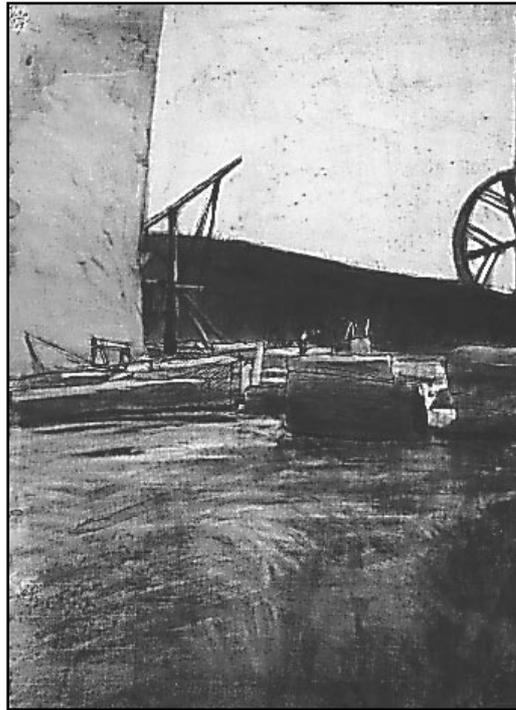
4. El marxismo tradicional ha heredado sólo una parte de las reflexiones de Marx sobre el hecho nacional y no sus apreciaciones sobre Polonia e Irlanda, o sobre la necesidad de retomar políticamente las conclusiones de la etnología.

### 5.1. Nacionalismo e internacionalismo

Nacionalismo e internacionalismo no son términos antitéticos puesto que no se sitúan en el mismo plano. Construir la propia nación y ser solidario y cooperativo con otros países, y en especial con sus capas populares, no solo es posible sino que está en la tradición del nacionalismo de izquierda y en los movimientos anticolonialistas. Incluso se da una especial sensibilidad cuando otros países ven dificultada su soberanía nacional por intervenciones imperiales o por oligarquías internas dependientes.

#### 5.2. Reconocer las diferencias

La unidad de clase es un bien en si mismo, pero no debe idealizarse ocultando los problemas que su logro encierra. El problema es cómo articular formas viables de unidad, reconociendo las diferencias que recorren a las clases trabajadoras desde los puntos de vista social, ideológico y nacional. Es más útil reconocer realidades que estigmatizarlas como indeseadas. Hay dos planteamientos espacial-organizativos posibles en el terreno político y sindical.



Cabe considerar que los espacios inmediatos<sup>5</sup> de unidad deben partir del Estado-nación - aceptándolo aunque sea críticamente- o, por el contrario, cabe considerar como marco cada una de las naciones que lo constituyen como adelanto de la articulación entre pueblos que se desea. En el caso de las naciones sin Estado no

es claro que la eficacia -la unidad- se promueva mejor desde la primera opción.

#### 5.3. Los espacios

Es verdad que los espacios económicos ya son supranacionales, continentales. Pero eso no ha significado la unidad supraestatal de las clases trabajadoras ni la extensión de las conquistas sociales desde los países más avanzados a los menos avanzados. Si bien los Estados se debilitan en la medida de la aparición de instancias políticas supraestatales, ello no significa un fortalecimiento de las clases trabajadoras, ellas mismas imbuidas de ideologías nacionalistas de Estado.

5. La unidad internacional de las clases trabajadoras se suele articular realmente mediante acuerdos entre izquierdas o sindicatos soberanos. El internacionalismo orgánico no existe y solo ahora se apunta a partir de la lucha contra la globalización liberal.

#### 5.4. Poder a escala humana

Ya pocos sostendrán que los espacios estatales grandes o supraestatales son más aptos a la construcción del socialismo. Desde el ecologismo político, desde las minorías nacionales, desde los regionalismos y desde las concepciones autogestionarias, se reivindica la escala humana de los espacios, permitiendo una gestión colectiva democrática e impidiendo la formación de poderes acumulativos incontrolables.

#### 5.5. Autodeterminación

La autodeterminación es un derecho reconocido en abstracto por la izquierda para los pueblos que la reclaman, aunque su concreción diste de ser unánime. La pregunta es si el tema se deriva sólo del hecho de que el Estado-nación ha de ser democrático, y la cuestión nacional una asignatura pendiente en la profundización democrática en un Estado plurinacional o si, además y principalmente, se trata de un derecho colectivo de una comunidad diferenciada que activamente quiere y debe poder convertirse en sujeto político soberano.

#### 5.6. Lo social y lo nacional en distintos planos

Las reivindicaciones nacionales y sociales se sitúan en distintos planos porque no hay sujetos históricos únicos en las "sociedades complejas". Hay tantos sujetos como formas estructuradas de organización

social según ejes como el modo de producción (clases sociales), las relaciones comunitarias con el Estado (naciones), relaciones de género (mujeres y hombres), generacionales, funcionales (estudiantes), territoriales (mundo urbano y rural) y organizaciones por sensibilidades sociales y políticas (ecologismo, antirracismo, pacifismo...).

Realmente la centralidad en el cambio social se juega, en última instancia, en el plano político. Ese es el lugar de la exposición, confrontación y resolución de los conflictos centrales y en el que se expresan movimientos políticos y sociales. Estos son los sujetos históricos del cambio social. En cualquier caso, en una nación sin Estado, también está el sujeto comunitario, un sujeto que nacido a la política de la mano del nacionalismo, es uno de los fundamentos de la sociabilidad y vela por su identidad cultural y nacional y filtra, en parte, el lugar del resto de sujetos políticos y sociales, adquiriendo un papel de legitimador social y redistribuidor de espacios políticos<sup>6</sup>.

Todas las izquierdas tenían que haber entendido esto. Históricamente han defendido la radicalización de la democracia política -la implicación política de la ciudadanía convertida en sujeto activo- y su extensión al plano social, evitando el divorcio entre ámbito de representación y ámbito vivencial y lugar social.

6. La cuestión nacional es así un hecho político y cultural, no un velo como algunos pretenden. El velo, en todo caso, lo crean tanto el populismo de las ideologías nacionalistas simbolistas que huyen de referentes sociales o, desde el otro lado del espectro, la negación del sujeto comunitario por parte de las ideologías centralistas/estatistas.

Aceptar que en este plano hay un sujeto político, el sujeto comunidad, un pueblo que se constituye en nación -tenga o no Estado-, significa que las clases trabajadoras o las izquierdas en su representación más genuina, son parte del mismo y que su problema es cómo hegemonizar la construcción nacional y social, en lugar de considerarla como un problema ajeno o de pura alianza táctica por la democracia.

## **6. Lo nacional y lo social**

La cuestión nacional no emborrona la lucha social sino que la plantea con términos añadidos -qué autogobierno, qué marco de relaciones laborales- sin perjuicio de que la coherencia de clase pueda ser menor, igual o mayor que la de las fuerzas políticas y sociales que no cuestionan el marco político, competencial o de negociación laboral.

Según de qué se hable -o de problemáticas o de movimientos representativos- es razonable separar o, al contrario, mezclar lo "nacional" y lo social. a) Si se habla de problemáticas centrales y de discursos es lógico diferenciar la temática de lo nacional respecto a lo social; b) en cambio, esa diferenciación es imposible en el plano de los movimientos, de sus programas y bases sociales.

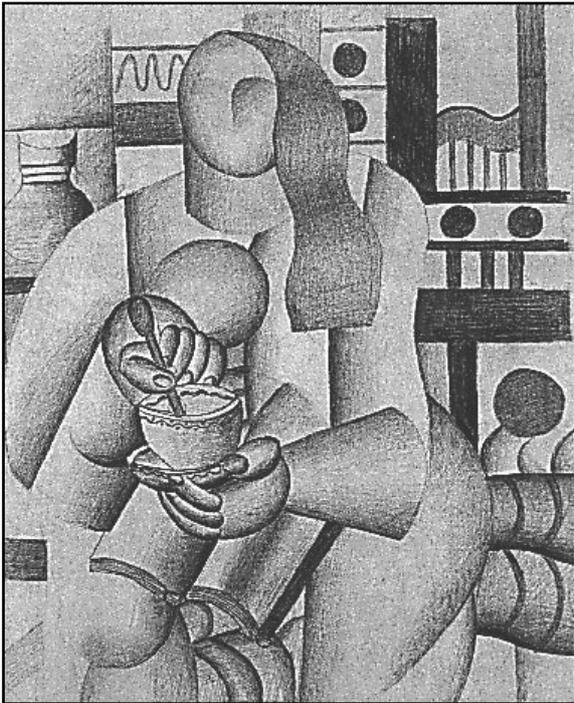
En el plano de las problemáticas, las cuestiones nacionales europeas se remiten a culturas debilitadas, a agravios históricos, a dificultades de construcción cultural y política y a desazón en las naciones

culturales que no han logrado culminar su proceso de conversión en naciones políticas.

Hoy, por ejemplo, frente a la desposesión y disgregación referencial globalista, el Nosotros comunitario, es un elemento relativamente cohesionador y generador de solidaridades y de sacrificios compartibles, precisamente porque nace en comunidades tejidas por un mínimo de identidad cultural básica, común o imaginada, y porque sus problemas se tratan de forma cercana y gestionable. En contraste con las amenazas de la globalización, las comunidades crean lazos que pueden lograr varios efectos integradores: vertebrar mejor la participación democrática para tomar decisiones cooperativas en interés de un todo plural; generar condiciones de solidaridad interna para hacer más patentes los valores de corresponsabilidad ciudadana y, junto a los media, hacer nacer o madurar o autorreferenciar una opinión pública (valor consustancial a la modernidad, según Habermas); o facilitar la autoorganización, con un sentido comunitario potente y abierto, en la medida de que disponen de un gran conocimiento de lo cercano, además de un acceso a lo global.

Que esa posibilidad se convierta en realidad dependerá de muchos factores. Tanto su aparición como problema político central -hoy lo es aquí y no solo para Euskadi- como la gestión de la comunidad, dependerán de ideologías, bases sociales,

La cuestión nacional no emborrona la lucha social...  
El "nosotros" comunitario puede ser un elemento cohesionador y generador de solidaridades y de sacrificios compartibles



situación y forma de los conflictos, y cómo se formule el proyecto de nación.

b) Y es ahí, en el plano de lo real y de la configuración de las distintas partes de los movimientos de la nacionalidad, donde lo nacional y lo social se entrecruzan, como no podía ser de otra manera en tanto no hay nacionalismos únicos, ni existen personas unidimensionales emborrachadas de "nación" hasta el punto de olvidarse de sus existencia material. Al contrario, lo recorren ideologías de derecha, de centro, de izquierda, armadas o desarmadas, que luchan por su hegemonía en ese Nosotros (que, no haría falta decirlo, incluye a los conciudadanos nada o poco nacionalistas), como expresión de clases y grupos, y que puede acabar en que ese proyecto de país se alumbre o se frustre. Desde ahí se entenderá que más que de un nacionalismo haya que hablar de nacionalismos vascos.

## **7. Repensar la nación vasca**

Euskal Herria (todos los territorios vascos a un lado y otro de los Pirineos) es una realidad histórica cultural pero no una realidad política que, de todos modos, se va lenta y desigualmente construyendo. Es así un proyecto en construcción desde realidades muy asimétricas. En Navarra hay una división identitaria entre navarros que se sienten vascos, y navarros que no se sienten vascos sino españoles. Todos tienen en común compartir la navarritud. En Iparralde, el sentimiento vasco no está en cuestión pero muy mayoritariamente se comparte con el patriotismo francés y no existe, de ningún modo, una conciencia mayoritaria de nación.

El salto desde la nación cultural a la nación política (sin Estado pero con una significativa Administración) solo se ha dado hoy en la Comunidad Autónoma del País Vasco, en tres de los siete territorios aunque suponen el 75% de la población vasca. Desde luego, el salto al conjunto de los territorios históricos culturales vascos no se hará, en esta época de legitimaciones y convicciones democráticas, sin mayorías ciudadanas en cada uno de los territorios.

No hay realidades políticas sin voluntades ciudadanas suficientes. Porque tenemos que construir el concepto político y nacional (no el cultural) de Pueblo Vasco frente a otros modelos, y ello incluso en condiciones de división social interna, sólo se puede partir desde el concepto de Sociedad, desde mayorías ciudadanas,

desde el respeto democrático. No hacerlo deslegitima a quien quiera saltarse el obligado proceso de convencimiento -ese es el soberanismo democrático a la quebequesa- y genera la reacción contraria.

En Euskadi el *demos* debe gestionar el *ethnos*, siempre que se asegure el derecho a vivir la identidad como uno quiera. Planteados así no son principios irreconciliables, sino condición el uno del otro, para que una colectividad llegue a ser, al mismo tiempo, sociedad -para el bien vivir de forma integrada, en justicia y en democracia- y comunidad -para labrar

el futuro desde una identidad en desarrollo proyectado y aceptado colectivamente tanto en sus mínimos como en su mestizaje-.

En suma, pasados los tiempos de los nacionalismos románticos y etnocráticos (siglo XIX) estamos en el tiempo de los nacionalismos cívicos y los comunitarismos abiertos y de contenidos sociales (siglo XXI), que puedan encauzar adecuadamente tanto la normalización cultural hacia un bilingüismo real a largo plazo como el derecho de decisión de la ciudadanía de las nacionalidades.

# Bibliografía

- CASTELLS, M. La era de la información.  
Vols. I y II. Madrid. Alianza. 1998
- FUSI J.P. España. La evolución de la identidad nacional.  
Temas de Hoy. Madrid. 2000
- GALLISSOT R. *Nación y nacionalidad en los debates del movimiento obrero,*  
en "Historia del Marxismo".  
Tomo VI. Bruguera. Barcelona. 1981
- HABERMAS, J. Identidades nacionales y postnacionales.  
Tecnos. 1989
- LETAMENDIA, F. Juego de espejos. Conflictos nacionales centro/periferia.  
Trotta. Madrid. 1997
- LLOBERA J.R. El dios de la modernidad.  
El desarrollo del nacionalismo en Europa Occidental.  
Anagrama. Barcelona. 1994
- MILLER, David Sobre la nacionalidad.  
Paidós. Barcelona. 1997
- NUSSBAUM, M.C. *et al.* Los límites del patriotismo.  
Paidós. Barcelona. 1999
- SMITH, A.D. National identity.  
Penguin. London. 1991
- TAYLOR, C. *et al.* Multiculturalism.  
Princeton University Press. 1994
- Federalismo y nacionalismo en Canadá.  
Gakoa. San Sebastián. 1999
- THOMPSON J. B. Ideology and Modern Culture.  
Polity. London. 1990
- ZALLO R. Euskadi o la Segunda Transición.  
Erein. San Sebastián 1997